



CANELOBRE es una publicación
del Instituto Alicantino de Cultura
Juan Gil-Albert, Organismo Autónomo
de la Diputación de Alicante.

Número 62
Invierno 2013
20 Euros

Depósito Legal: A-227-1984
ISSN 0213-0467

Imprime: Quinta Impresión

Índice

0. EL JUGUETE ALICANTINO: INDUSTRIA E IDENTIDAD	
<i>José Ramón Valero Escandell</i>	000
1. LA INDUSTRIA	
JUGUETES DE DÉNIA, UN SIGLO DE HISTORIA	
<i>Josep Antoni Gisbert Santonja</i>	000
IBI, LA CIUDAD QUE NACIÓ DEL JUGUETE	
<i>José Ramón Valero Escandell</i>	000
ONIL, LA CUNA DE LA MUÑECA	
<i>Vicente Vidal Verdú</i>	000
2. LA FABRICACIÓN DE JUGUETES DE HOJALATA EN LA PROVINCIA DE ALICANTE	
<i>José Pascual Sellés</i>	000
3. JUGUETES EN TIEMPO DE GUERRA	
<i>Carlos Salinas</i>	000
4. JUGUETES EN LA MEMORIA, LÚDICOS ICONOS DEL SIGLO XX EN LA PROVINCIA DE ALICANTE	
<i>Maite Francés</i>	000
5. INDUSTRIA JUGUETERA Y ARCHIVOS. ESTADO DE LA CUESTIÓN	
<i>Ma José Martínez</i>	000
6. EL TERRITORIO COMO EJE ESTRATÉGICO PARA LA INDUSTRIA DEL JUGUETE	
<i>Antonio Fuster Olivares y María Jesús Santa María Beneyto</i>	000
7. AIJU, UN CENTRO TECNOLÓGICO DE REFERENCIA EN EL SECTOR DE PRODUCTOS INFANTILES Y DE OCIO	
<i>Enrique Seguí Navarro</i>	000
8. EL VALOR EDUCATIVO EN EL JUGUETE ACTUAL	
<i>María Costa y Maite Romero</i>	000
9. APUNTES PARA UNA HISTORIA DE LA PUBLICIDAD EN ALICANTE	
<i>Dolores Fernández</i>	000

10. MUSEOS

MUSEU DELS JOGUETS DE DÉNIA, UN MUSEO DE <i>SITE</i> <i>J.A. Gisbert Santonja</i>	000
EL MUSEO VALENCIANO DEL JUGUETE DE IBI, UN PROYECTO EN MARCHA <i>Pilar Avilés</i>	000
EL MUSEO DE LA MUÑECA DE ONIL <i>Fabiola Juan</i>	000

11. EMPRESAS EMBLEMÁTICAS

PAYÁ HERMANOS SA. SUCURSAL EN ALICANTE <i>José M^a Payá Benedito</i>	000
EL JUGUETE, ¿UN MILAGRO? <i>Artemio Payá Torró</i>	000
FAMOSA. HISTORIA DE UNA FUSIÓN <i>Mariano Andrés Fuertes</i>	000

12. EL JUGUETE, OBJETO DE CULTO

APUNTES DE UN COLECCIONISTA <i>Marcelino Hernández del Rey</i>	000
LA COLECCIÓN DE HELIODORO MADRONA <i>Alfonso Payá Benedito</i>	000
UNA VIDA A TODO TREN <i>Carlos Gonzálves Amat</i>	000



JOSÉ RAMÓN VALERO ESCANDELL. Departamento de Geografía Humana UA

Ibi: la ciudad que nació del juguete

Al finalizar el siglo XX Ibi era ya una ciudad caracterizada por una producción industrial fuertemente diversificada, con una creciente dedicación a actividades como la matricería, la fabricación de plásticos de toda clase y la elaboración de componentes para otras industrias, mientras que el juguete ya había perdido buena parte de su antigua pujanza y era cada vez más incapaz de renovar generacionalmente el empleo. No obstante, según el censo de 2001, todavía mantenía 1.848 trabajadores -casi un quinto del empleo total en Ibi-, casi tanto como en los dos sectores industriales que le seguían en importancia (la producción de materias plásticas y la fabricación de maquinaria diversa, con 1.062 y 845 trabajadores, respectivamente). Sin embargo, al iniciarse el siglo XXI, Ibi era todavía un municipio marcadamente industrial -56,4 por ciento de sus habitantes trabajaba en ella, en un país donde la industria solo alcanzaba ya el 18,4 por ciento- y continuaba siendo el principal núcleo juguetero español, concentrando una cuarta parte del empleo nacional en el sector.

Un siglo antes, en 1900, solo una familia, los Payá, fabricaba juguetes en Ibi y lo hacía de manera parcial, combinando este trabajo con otras actividades. En el periodo intermedio, todo el siglo XX, el juguete jugó un papel esencial en la economía local y, con ello, transformó la vida cotidiana, condicionó la actuación política, cambió la sociedad y permitió una modificación radical del hábitat y el entorno; más aún, tejido industrial y de servicios actual sería completamente incomprensible. Podemos, por tanto, afirmar que el Ibi que hoy conocemos nació del juguete.

Los orígenes de la industria: crecer en un entorno limitado

Todo comenzó, como en tantos otros casos en el mundo del juguete, en el seno de una competente familia numerosa de artesanos, los Payá. Poseían un taller de hojalatería y dominaban toda una serie de saberes y utilidades: desde instalar la red de traída de

Fotografía del montaje de la fábrica Rico S.A. en 1952. El trabajo femenino era aquí, en los entonces denominados metros, muy mayoritario. Foto: Colección Francisco Sánchez Ors, AMA

PRIMERA COPIA
DE LA
ESCRITURA

Venta

otorgada por

D. Rafael Payá Picó

á favor de

D. Pascual, Emilio y Vicente Payá Lloret

en I. de Ibiza el 22 de Mayo de 1905

ANTE

D. Juan Gómez Monso
NOTARIO

Despacho: *Mayo 22*



aguas a una localidad como Biar hasta reparar instrumentos musicales, algo que habían aprendido gracias a su pertenencia a la banda municipal, pasando por el arreglo del reloj del campanario local. Entre sus ocupaciones se encontraba la venta de objetos de lata en los mercadillos de la comarca, entre los cuales se encontraban platitos, vasos y otro menaje de cocina en miniatura, además de varios otros objetos para niños. En una fecha imprecisa, en torno al cambio de siglo, los Payá orientaron cada vez en mayor medida su producción hacia el juguete sencillo, barato; en febrero de 1905 –que muchos han considerado erróneamente como inicio de la juguetería ibense- el padre, Rafael Payá Picó, vende teóricamente a sus hijos Pascual, Emilio y Vicente Payá Lloret su taller de hojalatería y venta de objetos de metal.

Pascual, el mayor, dirigiría hasta su muerte la marcha de la empresa, siempre de forma consensuada con sus hermanos. Era un hombre sencillo, ecológicamente integrado en la vida de Ibi: vivió toda su vida en el Ravalet, casó con una chica ibense, mantuvo el valenciano como lengua de relación, perteneció a la banda musical y al más interclasista de los dos casinos del pueblo, además de conseguir ser en los años veinte el primer alcalde local no vinculado a la gran propiedad rural. A él se atribuye la anécdota que trataría de explicar un cambio clave en la evolución hacia el juguete del taller hojalatero: el conocimiento del *engafe* o engrapado, tras una visita familiar a Agustina Mora, su prima propietaria de un taller muñequero en Onil; viendo juguetes extranjeros que incorporaban la pestaña comprendió que se podían realizar juguetes más complejos que no necesitaban soldadura y, por tanto, resultaban más baratos. Así, el juguete se diseñaba de tal manera que sus piezas eran dibujadas en unas planchas



Plano de Ibi en 1900. La situación de la vivienda y el taller de los Payá aparece marcada con una equis. (Valero, 1991,24)

Copia de la escritura de venta del taller de hojalatería por parte de Rafael Payá a tres de sus hijos, 1905. (Valero, 1991, 35)

Puerta de Payá Hermanos, que permaneció visible en el Ravalet de Ibi hasta hace una década. Foto: José R. Valero

y después convenientemente troqueladas y copadas hasta alcanzar el volumen adecuado, para ser por último engrapadas hasta darles la forma proyectada.

Los Payá comenzaron a fabricar juguetes en la propia vivienda familiar, en la parte trasera, que fue ampliándose a lo largo del siglo XX hasta convertirse en una magnífica fábrica, hoy parcialmente conservada como parte del patrimonio histórico ibense. Los inicios fueron muy rudimentarios: solo poseían máquinas sencillas como unas martinetas, prensas a fricción y troqueles a mano; incluso se valían de un burrito para mover un malacate y conseguir la energía necesaria. Sin embargo, en 1909 ya acudieron a la Exposición Regional de Valencia con un muestrario variado y cuidado, expuesto en una vitrina de madera que todavía se conserva en el Museo del Juguete; entre aquellas piezas, que fueron premiadas, estaba ya la mítica tartana que, por ser la pieza número uno del catálogo de la empresa, fue considerada como el primer juguete ibense y hoy es símbolo incuestionable de la identidad local.

En 1910, la empresa lanza su primer cochecito a resorte, mientras adquiere un motor de gas pobre de 20 HP por un importe muy superior al de la teórica venta del taller y se lanza a fabricar otro producto también vinculado al trabajo del metal, la cuchillería. En 1912, la empresa de los Payá se constituye jurídicamente como una Sociedad Regular Colectiva y adopta la marca "La sin rival". En Ibi, como en Onil y Dénia, había nacido la moderna industria juguetera española casi al mismo tiempo que en Cataluña.

Es evidente que la fabricación de juguete fue una iniciativa particular de una familia decidida. Sin embargo, el desarrollo de su empresa aprovechó las

singularidades locales que favorecieron su proyecto, y también hubo de sortear las deficiencias territoriales del lugar que les sirvió de cuna. Ibi era en esos momentos iniciales de la industria un pequeño municipio de montaña, un micromundo cerrado en sí mismo. La pequeña villa, situada entre el piedemonte del cerro de Santa Lucía y un modesto riachuelo, el Riu de les Caixes, poseía una forma aproximadamente triangular; contaba solo con 3.653 habitantes según el censo de 1900, casi los mismos que veinte años atrás, concentrados en el núcleo urbano, salvo unos pocos repartidos por los *masos* del término municipal. La inmensa mayoría de sus habitantes había nacido allí, con solo un nueve por ciento de inmigrados, casi todos desde los municipios cercanos, pues solo trece personas procedían de otras regiones.

Socialmente, unos pocos propietarios agrarios, *els senyorets*, constituían la clase social predominante, la que controlaba la política y la riqueza; había también un número algo superior de *mitgers*, medieros o aparceros, aunque la mayoría de las familias eran jornaleras, con una dedicación variable y discontinua, dado que la agricultura local —la propia del secano mediterráneo y poco más— era totalmente insuficiente. Por eso, era habitual la salida de cuadrillas locales hacia la siega castellana, el trabajo de la teja, la recogida de la grana e incluso la temporada de mayor trabajo en Orán; en aquellos primeros años de siglo, había comenzado a desarrollarse otra nueva actividad temporera, muy productiva para algunos pioneros, la heladería en distintas capitales provinciales y ciudades medianas. Más exiguas eran todavía las posibilidades de trabajo para las mujeres, reducidas a las tareas propias del hogar o a algunos trabajos más o menos complementarios del calendario agrícola, como la siega en los campos locales, la

recogida de aceitunas o almendras e incluso el mísero espiguelo; algunas jóvenes, desde muy corta edad, marchaban a *posar-se en amo*, a servir, en ciudades cercanas, como Valencia, Alicante o Alcoy. Esta penuria social facilitó una mano de obra abundante, barata y sumisa a la naciente industria; en aquellos primeros tiempos la mayoría de los trabajadores ajenos a la familia eran mujeres, en su mayoría chicas muy jóvenes, y también niños, en una zona y una época en que el trabajo infantil era considerado algo normal.

También contaba Ibi con una modesta tradición industrial. Cavanilles, en su libro sobre el reino de Valencia de finales del siglo XVIII, ya hablaba del comercio de la nieve, de talleres de lienzo o de molinos harineros. La juguetería nació en un Ibi donde las industrias se limitaban casi a las de alimentación –molinos harineros, almazaras, bodegas...-, pero también estaban iniciándose otras actividades, como un molino papelerero o una fábrica de neceseres. Es significativo que la otra actividad emergente local, la heladería, necesitase un notable instrumental ligado a los metales (heladeras, moldes, recipientes...).

Sin embargo, una industria juguetera en Ibi hubo de afrontar también una serie de carencias: en primer lugar, los gravísimos problemas de comunicación, en un pueblo montañoso, alejado del ferrocarril y con solo cuatro personas censadas en 1910 que tuviesen alguna relación con el transporte. También se carecía de cualquier tipo de industria auxiliar, lo que obligó durante mucho tiempo a tener que fabricar por sí mismo algunas materias necesarias, como las cajas. Tampoco disponían de suministradores cercanos de materias primas y, cuando necesiten recurrir a planchas litografiadas, deberán hacerlo en zonas tan alejadas como Málaga o La Coruña, donde había empresas vinculadas a la industria conservera. También estaban lejos de los principales mercados nacionales, como las grandes ciudades y las comarcas industrializadas.

La industria juguetera de aquellos primeros momentos –la alicantina y la de otros lugares como Cataluña– contó en su conjunto con una serie de ventajas comunes: en primer lugar, la industrialización, por rudimentaria que fuese, suponía un abaratamiento de los productos en un mercado con escasas exigencias, puesto que solo una reducida minoría podía adquirir juguetes extranjeros. Además, se fue incrementando el consumo por toda una serie de cambios sociales: el crecimiento de las ciudades –

mucho más consumidoras que las áreas rurales–; el desarrollo de las clases medias; el prestigio creciente de la educación para el ascenso social, que suponía un mayor aprecio por todo lo que rodeaba al niño; la naciente costumbre de la fiesta de Reyes, con los consiguientes regalos a los niños... Además, todavía era muy reducido el capital necesario para poner en marcha una nueva empresa.

La diversificación: Ibi, villa industrial juguetera

Alrededor de 1910, poco después de que los Payá fuesen premiados en Valencia por su colección de juguetes, surgió la competencia en Ibi, cuando cuatro antiguos trabajadores suyos, entre los que se encontraba un antiguo pintor y un fotógrafo, constituyeron A.B. Verdú y Cía, estableciendo su taller en una esquina de la misma manzana donde se encontraba la casa y el taller de los Payá. Se dedicaron también al juguete de lata, con lo que reforzaban la especialización local del naciente juguete alicantino: madera en Dénia, muñecas en Onil, hojalata en Ibi, aunque hubiese excepciones a esta simplificación.

No debió ser un camino de rosas la marcha de la segunda empresa, porque en 1917 ya aparece como Verdú, Rico y Cía y en 1920 como Rico S.A. Parece ser que los problemas financieros acabaron dejando la empresa en manos de Santiago Rico Molina, viajante de la empresa y también de otra de su propia familia, dedicada en Onil a las muñecas, que habría efectuado préstamos a los antiguos propietarios. Santiago Rico, buen conocedor del mercado, representa la figura del empresario, frente a la de los hermanos Payá, fabricantes que dominan el oficio. Se trata de un pionero en muchos aspectos de la industria: es el primero que gestiona industrias jugueteras complementarias, incluso llegó a disponer antes de la Guerra Civil de talleres en Ibi, Onil y Castalla; crea la primera sociedad anónima en la juguetería local; construye la primera factoría moderna, independiente, sin conexión directa con la vivienda, la conocida como la *antiga*, o la *fábrica de dalt*, que todavía se conserva bien restaurada, junto a la carretera que comunicaba con Alcoy.

Curiosamente, la sociedad anónima creada en 1920 estaba formada a partes iguales por Rico y una familia italiana afincada en Badalona, los De Andreis, suministrador de las planchas litografiadas necesarias, que pretendía establecer en Ibi un centro de producción. Es el primer caso de inversión de capital



La Hispánica Artística

**Manufactura de Juguetes Metálicos
Mecánicos y Litografiados**

A. B. Verdú y C.^a

S. C.^{VA}

IBI (Alicante - España)

La Hispánica Artística, marca comercial de A.B. Verdú y Cía, la primera competencia ibense de La Sin Rival, la marca de los hermanos Payá. (Valero, 1997, 31)



Moto Tuf-tuf de Payá Hermanos, de los años treinta. (Valero, 1991, 85)

Hidroaviación Plus Ultra de Payá Hermanos S.A., de los últimos años veinte. (Valero, 1991, 70)

Barco con ruedas de Payá Hermanos, de los años treinta. En esa época algunos modelos fabricados anteriormente adoptaron los colores republicanos en su bandera

Cochecitos de Verdú y Cía, fabricados en torno a 1915

extranjero en el juguete ibense. La idea fracasó y en 1923, Santiago Rico aparece como propietario casi exclusivo y gerente, mientras su esposa, Joaquina Lozano ejercía de presidenta, la primera mujer de Ibi que accede a ello.

La competencia resultó beneficiosa para el desarrollo industrial. Ante ella, los hermanos Payá realizaron entre los años 1912 y 1914 fuertes inversiones, superiores a 50.000 pesetas anuales e incrementaron rápidamente su plantilla, que en los años de la Gran Guerra supera el centenar de obreros, frente a unos cincuenta en Verdú y Cía. Las inversiones de ambas fábricas se centraron en la construcción de naves –en el caso de Payá S.C.R. (S.A. desde 1924), ampliando continuamente la superficie posterior al antiguo taller-, y nuevos y mejores troqueles, prensas y cizallas. Se mejoró la calidad y la productividad, se innovaron continuamente los modelos, que a veces se copiaban entre sí o respecto a los de procedencia alemana. Comenzaron a utilizarse las planchas litografiadas a color. Socialmente, por primera vez en la historia de Ibi, las mujeres jóvenes tenían una alternativa industrial al servicio doméstico, o al trabajo en el hogar; desde ahora, además, podían elegir en qué empresa hacerlo, aunque siempre con bajos salarios y largas jornadas laborales, por lo que aún tardó mucho en generarse una inmigración, ni siquiera desde lugares cercanos.

El mercado interior seguía creciendo en España, especialmente entre las emergentes clases medias urbanas, singularmente en Madrid, Barcelona y el País Vasco. La fiesta de Reyes facilitó la venta de juguetes sofisticados de precio más elevado, mientras que la mejora



general de la economía de los años veinte facilitó la producción de juguetes modestos para los mercadillos y las tiendas de 0,95 céntimos, similares a las que muchas décadas después se conocerían como de *todo a cien*. Con todo ello, las tiradas de cada modelo eran cada vez mayores, la mecanización se acentuaba y crecía el empleo. En 1924, Payá superaba los doscientos trabajadores y Rico seguía sus pasos. Por ello, no es extraño que en los años veinte surgiese otra tercera iniciativa, la *fábrica nova*, que cambiaba de nombre con frecuencia: González y Cía, Sanjuán y Cía, Juguetes Picó S.A., para afirmarse como Jyesa tras la guerra.

Los años finales de la Dictadura de Primo de Rivera y los primeros de la II República, aproximadamente entre 1928-1933, fueron de especial pujanza, aquellos en los que Payá Hermanos consiguió los mayores beneficios. En Ibi, mejoró el nivel de vida en casi todos los grupos sociales; los grandes propietarios ya disponían de viviendas confortables, de automóvil, de servicio doméstico; los trabajadores, afiliados a dos sindicatos bien diferenciados –UGT y Sindicato Católico, afín a los patronos– habían conseguido mejoras salariales y alguna reducción de jornada, como la de 44 horas en 1936, truncada por la guerra; se limitó el trabajo infantil, hasta prohibir el de menores de 14 años, solo oficialmente. La población crecía tímidamente: en 1930 vivían en Ibi 4.104 personas, un 16 por ciento más que en 1920, y había llegado la primera corriente migratoria, la de los trabajadores que construía la red de ferrocarril Alicante-Alcoy, muchos de los cuales quedaron en Ibi cuando se paralizaron las obras. Cuando los efectos del *crac* de 1929 comenzaron a dejarse sen-

tir, disminuyeron los beneficios –especialmente en Payá, muy afectada por las tensiones sociales– y una brecha social cada vez más amplia se hizo patente a partir de la revuelta obrera de octubre de 1934, perceptible hasta en las fotografías de época, como las de un mitin de la CEDA y las del entierro del neuropsiquiatra socialista Sanchís Banús. Fue un tiempo, pese a todo, de una perceptible mejora en la educación, con mayor asistencia a la escuela, e incluso subvención de los patronos a aquellos trabajadores varones que frecuentasen la educación nocturna.

La época entre 1920 y la Guerra Civil fue la edad de oro del juguete de lata ibense, con calidad casi comparable a la de los países europeos punteros, algunos de cuyos productos se copiaba. Es la época de coches míticos como el *Silver Bullet* de Rico o el *Bugatti* de Payá; de aviones que recuerdan las gestas del momento, como el *Plus Ultra* o el *Numancia*, de los trenes mecánicos sobre raíles, de construcciones que recuerdan al *Meccano* inglés e incluso de un proyector de cine, el *Rai*. Es el momento de la aplicación de la electricidad a los nuevos juguetes y de la miniaturización de los avances técnicos. Curiosamente, en Ibi se producían pequeñas réplicas de productos –cocinas económicas, coches, motos, autobuses públicos...– que la inmensa mayoría de sus habitantes no disfrutaban. Pero también es cierto que muchos juguetes llevan la impronta del lugar que los producía; así, la figura del heladero, en homenaje a quienes abandonaban el pueblo todas las primaveras, o los vehículos que casi siempre tenían una I de Ibi en su matrícula.



Imagen idealizada de la empresa de Payá Hermanos, según uno de los primeros catálogos de la empresa. (Valero, 1991, 44-45)

Tarjeta de una tienda de las denominadas 0,95, precedente de las actualmente conocidas como todo a cien. En ellas se vendía mucho juguete económico

Cuños de la empresa Payá Hermanos en los años treinta. Algunos productos se comercializaban con la marca Juguetes Rai. (Valero, 1991, 79)

Santiago Rico Molina, a una edad ya avanzada. Foto por cortesía de la familia

Los años difíciles

Como en toda España, la sublevación militar de julio de 1936 fue el origen de multitud de transformaciones sociales y políticas. Las familias propietarias fueron despojadas de su propiedad y muchos de sus miembros huyeron, o fueron encarcelados, como ocurrió con varios afiliados a Falange. Las fábricas jugueteras se incautaron desde el principio por el sindicato UGT y en noviembre de 1936 se constituyen en Industrias Payá y Rico Socializadas; en octubre de 1937 ya eran la Cooperativa Rai; en verano de 1938, para tratar de impedir la marcha de maquinaria y garantizar los suministros, se constituyen en Fábrica 27 de la Subsecretaría de Armamento. El control obrero centralizó toda la producción en las naves de Payá Hermanos, adonde se trasladó la mejor maquinaria de Rico SA., mientras las naves de esta se convertían en almacén de suministros. La empresa, que consiguió trabajar hasta los últimos momentos de la contienda durante todos los días de la semana y en varios turnos, se fue adaptando a las necesidades bélicas: primero se centró en la producción de cuchillería –como las navajas *milicianas*- y en platos o vasos de metal para el frente; después, como fábrica de armamento, produjo elevadas cantidades de balas y parece ser que también alguna granada. En Ibi, como muestra de su especialización metalúrgica, no hubo billetes locales para facilitar los cambios, sino monedas, muy apreciadas hoy por los coleccionistas. Las únicas variaciones en el espacio fabril fueron la construcción en la factoría Payá de un muro y de un refugio antiaéreo, algo que los más viejos del lugar aún recuerdan porque su terminación fue la única celebración de aquellos años.

La producción de juguetes se paralizó, aunque se siguieron vendiendo aquellos conservados en los almacenes de las empresas, más de un millón –casi todos baratos- según un inventario del momento, debido a la profunda crisis que atravesaba Payá Hermanos en 1936; así, en enero de 1937 facilitaron la celebración en toda la zona republicana de la Semana del Niño, sustitutiva de la de Reyes Magos. Solo un juguete nuevo se recuerda de esos años: un miliciano, adaptación de un modelo anterior al que se le hizo levantar el puño.

En aquellos momentos, cuando la mayoría de los varones se fueron incorporando a filas, las mujeres adquirieron su mayor protagonismo en la vida de la empresa, llegando a encargarse del trabajo en los troqueles y otras funciones hasta entonces reservadas



Cartel publicitario de Payá Hermanos, S.A.. Con ligeras variaciones fue utilizado a lo largo de varias décadas. Es probablemente el más emblemático de aquella empresa. Fuente: Museo Valenciano del Juguete. (Valero, 1991, 124)



*Maqueta de trenes de Payá Hermanos, S.A., en una exposición realizada en Madrid en torno a 1950.
Fuente: Museo Valenciano del Juguete*

a los varones. Ante la necesidad de mano de obra, muchos hombres trabajaron durante turnos de doce horas siete días a la semana, mientras que se admitía a varias mujeres refugiadas, casi todas procedentes de Madrid.

Terminada la guerra, los antiguos propietarios recuperaron una entidad en buenas condiciones técnicas. Había que repartir maquinaria y materias primas, restableciendo en lo posible la situación anterior a 1936, lo que generó ciertos roces –que llevaron a derribar un muro, para evitar compensaciones- y obligó durante algún tiempo a realizar ciertos trabajos en la factoría competidora. Conjuntamente se solicitó el desbloqueo de los fondos de la Cooperativa Rai, para disponer de capital suficiente.

No fueron fáciles aquellos primeros años de posguerra; se carecía de las materias primas básicas y de energía suficiente. Así, en los años cuarenta era frecuente *velar* (trabajar de noche) para aprovechar el suministro eléctrico, o adquirir motores de gas pobre para ser autosuficiente. Como los cupos de lata eran raquíuticos se recurrió al estraperlo, a la compraventa de los cupos e incluso Payá trató de adquirir una cuchillería catalana si se garantizaba que conservarían la asignación de materias primas.

En lo laboral fueron tiempos duros: la mano de obra era muy insuficiente, especialmente en los varones, tanto por las depuraciones efectuadas como porque las condiciones laborales eran tan duras y el salario tan raquíutico que muchos prefirieron el trabajo agrario: Ibi tenía en 1940 más varones trabajando en la agricultura que en la industria. Pese a todo ello, Rico en 1939 ya contaba con 158 trabajadores, la mayoría mujeres, y trataba de volver a la normalidad.

Fueron aquellos años del hambre un tiempo de un mercado limitado, centrado en el juguete barato y con muy escasas novedades. No obstante, en 1946 Payá lanzó la locomotora *Santa Fe*, uno de sus juguetes más emblemáticos y comenzó a hacer de los trenes un auténtico símbolo, como puede observarse en las fotos de la Exposición de Juguetería de Madrid de 1952 o en alguna tarjeta postal que editó la empresa. En aquella posguerra, la segunda generación de Payá se siguió incorporando a la empresa, entre ellos Nicolás Payá Jover, ingeniero, que se encargó de impulsar la escuela de aprendices y la oficina técnica de la empresa. En los últimos años cuarenta, también Payá –como había hecho Rico S.A. desde sus orígenes- comienza una expansión externa, construyendo una sucursal



Octavilla convocando a una reunión del Sindicato La Constancia, encargada de la gestión de Industrias Payá y Rico Socializadas UGT durante los primeros años de la Guerra Civil. Fuente: Archivo Municipal de Ibi (AMI)

Acción de Payá Hermanos, S.A., correspondiente a la ampliación de capital de 1954. (Valero, 1991, 144)



Fotografía aérea de Ibi, donde se aprecia en primer plano la fábrica de los hermanos Payá. Foto: Archivo Municipal de Ibi (AMI). Fondo José Huertas Sáez

en Alicante, cooperando en el desarrollo de Claudio Reig –una industria auxiliar y de juguete musical- y participando en el capital de algún taller complementario. Aquellos años de posguerra fueron también una época de beneficios crecientes, reinvertidos en su mayor parte, y de ampliación de instalaciones.

Tal vez, lo más decisivo para el desarrollo ibense de aquellos años fue la llegada del plástico –y de algunas aleaciones metálicas, como el zamak- y el nacimiento de nuevas empresas. Las primeras máquinas de plástico se instalaron en Payá Hermanos en 1949; era un plástico de calidad deficiente, aunque mejoró en poco tiempo, pero que facilitaba un producto más barato; en ocasiones, se recurrió a realizar juguetes mixtos, con plástico y otros materiales, como la lata o la madera. En poco tiempo, el juguete de plástico revolucionó el sistema productivo.

En los últimos años cuarenta y primeros cincuenta surgieron nuevas fábricas: La Mecánica Ibense, Coloma y Pastor, Industrial Juguetera, Joal, Gozán... en 1955 ya existían 17 fábricas jugueteras en Ibi, alguna de ellas totalmente volcada en el plástico



Durante toda la época del desarrollismo, y mucho después, el trabajo domiciliario de la mujer continuó siendo esencial en la industria juguetera ibense. Foto: Dones d'abans, cedida por María Antonia Vilaplana

desde sus orígenes, como Plásticas Santa Elena. En la mayoría de los casos, nacían de la colaboración de varios socios, casi todos vinculados por relaciones de previa amistad o parentesco; eran casi todos antiguos empleados cualificados de Payá Hermanos o Rico S.A., siempre con algún mecánico entre ellos. Comenzaban como empresas en precario, a veces compatibilizando el trabajo en la gran factoría con el pluriempleo nocturno en su taller emergente.

En los años cincuenta Payá Hermanos superó los quinientos trabajadores, con todo cuanto ello suponía: creación de un comité de empresa y de un economato laboral, disponibilidad de un médico de empresa, obligaciones sociales... No fueron los cincuenta un periodo caracterizado por la exportación del juguete español: en 1950 solo se exportaban 32 millones de pesetas y en 1960 pocos más, pese al aumento del coste de la vida. Es más, las grandes empresas trataban de exportar para conseguir las divisas necesarias para que el Gobierno les autorizara a importar maquinaria con ellas; cuando se acudía alguna vez a ferias extranjeras, como la de Núrem-

berg, el motivo principal no era la venta en mercados externos sino el conocimiento de las novedades en productos y maquinaria.

La expansión del plástico: la riada inmigratoria

Los años sesenta supusieron una época de prosperidad a todos los niveles para la industria juguetera: la demanda interna se incrementó con fuerza, gracias a la mejora del nivel de vida, el proceso de rápida urbanización, el consumismo creciente y el repunte de la natalidad, en la llamada época del *baby-boom* español. Era un mercado fuertemente protegido por todo tipo de aranceles aduaneros.

Además, los años comprendidos entre 1960 y 1975 fueron los del nacimiento de la exportación masiva: si en 1960 solo se vendieron al exterior –en toda España– 35 millones de pesetas, en 1975 se alcanzaron los 3.380, e Ibi fue el principal municipio exportador. La exportación fue facilitada por los acuerdos preferenciales con la CEE, que convirtieron a Francia en nuestro principal cliente y permitió una

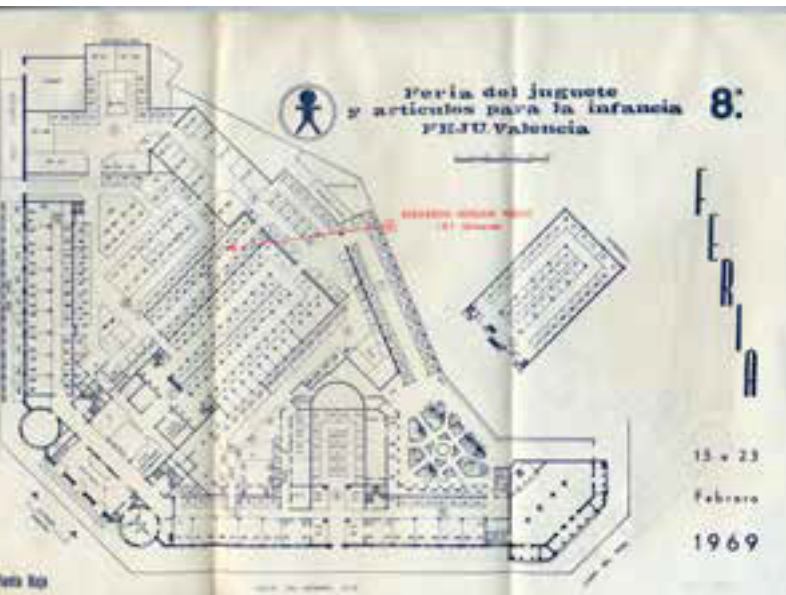


Anuncio de la empresa Guillem y Vicedo, S.L. en los años setenta. Mucho antes de que Feber lanzase Chabel y Babyfeber, en Ibi también se produjo muñeca, aunque en mucha menor cantidad que en Onil

La carretera de circunvalación de Ibi en la posguerra, el Desvío, lindaba lateralmente con las fábricas de Rico S.A. y Payá Hermanos S.A. y originó que muchas otras fábricas se instalasen en dicha vía. Foto: Archivo Municipal de Ibi (AMI). Fondo José Huertas Sáez



Nave de Rico S.A., que también continuó ampliándose a partir de su factoría inicial. Foto: Archivo Municipal de Ibi (AMI). Fondo José Huertas Sáez



Plano de la planta baja de la Feria del Juguete de Valencia de 1969. Foto: Archivo Municipal de Ibi (AMI). Donación de Bernardo Guillem

Anuncio de Coloma y Pastor en 1975. Varias de las fábricas surgidas en la posguerra alcanzaron también notables dimensiones y, la mayoría de ellas, sobrevivieron a las industrias pioneras

Visita de Carmen Polo a la fábrica de Payá Hermanos S.A. en 1960. Debido a los cargos que la familia desempeñó en aquellos años, algunos la consideraron como la fábrica juguetera del régimen. Foto: Archivo Municipal de Ibi (AMI). Fondo José Huertas Sáez

Trabajadores de Payá Hermanos S.A. saliendo de la empresa. Obsérvese como los varones llevan todavía el traje de trabajo y las mujeres no. Foto: Archivo Municipal de Ibi (AMI). Fondo José Huertas Sáez



balanza de pagos netamente positiva en este sector; se sustentó especialmente en unos precios muy ajustados –a veces, se nos acusó de la práctica del *dumping*- y de una calidad cada vez más parecida a la de los países punteros.

Con todo lo anterior, no es extraño que las fábricas se multiplicasen como hongos. En 1970, Ibi contaba con medio centenar, y siete de ellas superaban los cien trabajadores. Las nuevas industrias, aunque competían con las anteriores, no redujeron los beneficios de las antiguas, que seguían siendo las mayores y las de mejor equipamiento. La organización interna mejoraba rápidamente, modernizando el sistema productivo: las cadenas de montaje, la mecanización de procesos, la generalización del uso del plástico y del zamak.

Las transformaciones iban mucho más allá del propio sistema productivo: desde Ibi se apoyó desde un primer momento la creación de la Feria del Juguete de Valencia, en 1962, a iniciativa de la revista catalana *Juguetes y Juegos de España*; la Feria no acabó con la estacionalidad en las ventas padecida por el sector, pero fue capaz de equilibrar el ritmo productivo, con el llamado descuento de feria, que anticipaba los pedidos. También se apoyó la fundación en 1967 de la Asociación Sindical de Fabricantes de Juguetes –antecedente de la actual AEFJ-, cuyo primer presidente fue Manuel Martín, de Rico, S.A. También fue muy notable el impulso dado a la formación profesional en el sector: siguiendo la tradición iniciada por la escuela de aprendices de Payá Hermanos, en 1961 se crea la Escuela Sindical de Formación Profesional y poco después comienza a impartir clases otra vinculada a los salesianos.

El proceso de crecimiento fue muy intenso: solo en 1972, el año anterior a la llamada crisis del petróleo, se crearon en Ibi más de 700 puestos de trabajo.



Lógicamente, dadas las dimensiones del municipio, este desarrollo era impensable sin una auténtica riada migratoria. Entre 1960 y 1975 se triplicó la población local, con la llegada de millares de personas procedentes mayoritariamente de las áreas rurales de las provincias de Granada, Almería, Ciudad Real, Murcia o Albacete, muchas veces desde núcleos diseminados y sin ninguna experiencia en trabajo industrial. Los salarios, relativamente moderados, eran para ellos muy superiores a los de su lugar de procedencia, además de que eran posibles el trabajo a destajo, las horas extras o la ocupación para toda la familia. Fue en este aspecto un mundo de luces y sombras: pleno empleo, pero también condiciones duras, como la que destapó la explosión de Pirotecnia Mirafé, en agosto de 1968, uno de los mayores accidentes laborales de la historia de este país.

En aquellos años del final del franquismo, los juguetes estuvieron ya fortísimamente condicionados por la televisión. Desde que algunos anuncios, como los del *Tiburón Citroen* Payá, alcanzaron un enorme éxito de ventas, los *spots* publicitarios se dispararon: en 1968 hubo más de un millar en TVE, la mayoría en diciembre. Los niños ya pedían los juguetes por su marca concreta. Pero no solo se trataba de anunciarse: los propios contenidos de televisión, como la familia *Telerín* o la de la serie *Bonanza* se convertían en éxitos de venta de juguetes. Fue una época de gran demanda de juguetes eléctricos, como el *Radiopatrulla*, el *Caravelle* o la *Retroexcavadora* Rico, o la gama de juguete ligado a la cocina: *Dulcecotón*, *Palomitón* o *Golositón*, todos de Payá. Plásticos, electricidad y electrónica se convertían en elementos casi imprescindibles de cualquier juguete de éxito. No obstante, en algún tipo de nuevo juguete, la industria ibense no era capaz de ser competitiva, como se comprueba ante la falta de respuesta al exitoso *Scalextric*. Era un primer aviso frente a la competencia invencible que, déca-

das después, ejercerían las grandes multinacionales en sectores como los videojuegos. En aquellos años de desarrollo de la práctica deportiva y de llegada de masas de turistas atraídos por el sol y la playa, también se produjeron juguetes deportivos y otros vinculados al *souvenir*. A veces, algunos juguetes estaban ligados inequívocamente a su lugar de procedencia, como el camión de la basura de Gozán, con el escudo de Ibi en el lateral.

La sociedad ibense se seguía transformando, gracias al desarrollo de la industria juguetera y a la inmigración que generaba. Así, fueron años de profundo vuelco lingüístico, en un municipio donde las inmigrados de habla castellana eran ya clara mayoría. Autóctonos e inmigrados constituían dos comunidades bien diferentes, como demostraba el predominio claro de uno y otros en los barrios que separaba el llamado Desvío, la primera carretera de circunvalación, que entonces estaba rodeada de fábricas y talleres; pero también comenzó un proceso lento y continuado de fusión, que tiene su máximo reflejo en la abundancia de matrimonios mixtos entre los jóvenes (muy mayoritarios ya en los años setenta). Además de crecer en número, la población ibense se había rejuvenecido, gracias a la llegada de jóvenes inmigrantes y al incremento de la natalidad. Si en los años sesenta la carencia de viviendas ante tan masiva llegada generó casos de hacinamiento, se evitaron las situaciones de infravivienda gracias a una construcción masiva, en barrios que muchas veces estaban separados del centro urbano y mal conectados, como Mirasol, la Sagrada Familia y otros varios. En torno a 1975, sin apenas trabajadores agrarios y con pocos empleados en el sector servicios –por la insuficiencia de los mismos y porque no se disfrutaba de la capitalidad comarcal–, Ibi era ya uno de los más genuinos ejemplos de sociedad industrial de nuestro entorno.



Anuncio de Juguetes Feber en 1975, cuando aún era una modesta empresa dedicada a juguetes musicales y otros ligados al mundo Disney

Cocinita de juguete de Payá Hermanos, en sus últimos años. La empresa intentó evitar su desaparición recurriendo a juguetes de calidad, tal vez excesivamente complejos. (Valero, 1991, 190)

Crisis de los ochenta: la tradición juguetera como equipaje para la renovación

La crisis económica de 1973 no afectó demasiado a Ibi. Aunque el paro se incrementó en España más que en la mayoría de países de nuestro entorno, pues se mezclaba aspectos económicos y transición política, la industria juguetera no notó la crisis hasta los últimos años setenta. Sin embargo, la industria ibense arrastraba toda una serie de deficiencias que en pocos años comenzarían a hacerse patentes: la reducida dimensión de muchas empresas, el escaso y caro acceso a la financiación, la baja productividad, el proteccionismo estatal que encarecía las materias primas, los deficientes canales de comercialización –en manos de ciertos grupos exportadores o de las grandes cadenas–, las series limitadas y la escasa inversión en cuestiones como diseño o innovación (de hecho, no había ninguna ludoteca en la zona, ni tampoco personal especializado en cuestiones psicopedagógicas en ninguna plantilla).

La situación era especialmente problemática en las empresas tradicionales, obsoletas en muchos aspectos, con vicios adquiridos, sobredimensionadas y con una mano de obra muy envejecida frente a la competencia. En unos pocos años acabaron cerrando muchas de las empresas más emblemáticas, incluyendo las tres precursoras: Payá Hermanos, Rico S.A y Juguetes y Estuches, más algunas otras surgidas a mediados de siglo (Pery, Climent, Obertoys, EGE...)

En el polo opuesto, convertida en auténtica protagonista de los años ochenta, se encontraba Feber. Surgida en los sesenta, dedicada a una modesta fabricación de pistolas y cocinitas, fue duramente castigada tras la explosión de 1968, cuando se prohibieron algunos de sus productos. En torno a 1975 estaba centrada en juguetes musicales y en las licencias de algunos productos Disney. Durante la crisis se trataba de una firma con escasa mano de obra interna y una fuerte externalización del trabajo, en buena medida efectuada informalmente en áreas rurales alejadas de Ibi. En poco tiempo se convirtió en la mayor firma local, productora de todo tipo de juguetes, con fuertes inversiones en matricería –puesto que fabricó desde muñecas hasta juguetes de jardín– pero también en publicidad, especialmente en las nacientes cadenas privadas. Sus técnicas de venta eran muy diferentes a las tradicionales, llegando a fijar los precios en función de la demanda de cada juguete. Se convirtió en un potente grupo empresarial, diferenciando sus fases de



producción y venta en empresas complementarias, todas ellas situadas en el polígono ibense: Creatividad y Diseño, Tratamientos Plásticos, Comercial Royfer. No consiguió convertirse en la multinacional que había soñado ser y sus naveas acabaron produciendo para FAMOSA, pero nos dejó una enorme variedad de juguetes recordados por toda una generación: *Comienza a Andar*, la serie *Trabajitos*, *Motofeber*, la muñeca *Chabel* o el *Babyfeber*.

Pese al éxito de Feber, el sistema industrial juguetero en Ibi estaba al final de siglo en franco retroceso, sin ninguna empresa de importancia surgida después de 1975. Sin embargo, se estaba produciendo una enorme transformación en ese grupo de fábricas que tradicionalmente se había considerado industria auxiliar: las de matricería, inyección de plástico, cromados y niquelados, componentes... que ya no era tal sector auxiliar sino, como mucho, complementario, y cuya especialización facilitaba a las jugueteras superviviente la externalización o subcontratación de algunas fases productivas, haciendo posible lo que podríamos denominar como

Las factorías de algunas empresas desaparecidas sólo cobran hoy protagonismo en algunos momentos del calendario festero local. Foto: José R. Valero

fábrica flexible, trabajando para el sector juguetero básicamente en el periodo otoñal, cuando más necesarias eran. Estas empresas, y muchas otras que nacieron en un modélico proceso de diversificación industrial, permitieron convertir los nuevos espacios fabriles, los nuevos polígonos industriales cercanos a la actual autovía, en un auténtico parque de proveedores. Alguna empresa extranjera, mediante la compra de antiguas compañías locales, comenzó a instalarse en Ibi, aunque no se consiguió establecer allí las sedes españolas de las multinacionales del sector, establecidas cerca de las dos grandes áreas metropolitanas, Madrid y Barcelona.

Las dos últimas décadas del pasado siglo vieron el nacimiento de nuevos hábitos de consumo: el juguete electrónico más sofisticado, los videojuegos, incluso otros productos de regalo (ropa deportiva, gatgets, discos...) fueron ganando terreno al juguete tradicional, reducido cada vez más a las edades más tempranas. El juguete barato asiático, muchas veces copia del local, también fue copando la gama más modesta. En algunos ámbitos, durante la Transición, comenzaron campañas contra el juguete bélico o el sexista. Por otra parte, las ventas de las grandes superficies, concentradas en Navidad, fueron hundiéndose progresivamente a la mayoría de almacenes distribuidores –muchos de ellos establecidos en la Foia de Castalla– y a buena parte de las jugueterías urbanas *de toda la vida*.

Mientras tanto, la ciudad fue transformándose no en una población postindustrial, pero sí en una econo-

mía postjuguetera. El crecimiento demográfico se fue moderando; con el cambio generacional, los nacidos en Ibi volvieron a ser mayoría, pero no hubo apenas retornos de aquellos inmigrantes que llegaban a la edad de jubilación. La inmigración extranjera comenzó en los años finales del siglo XX, ocupando aquellos espacios laborales que entonces no aceptaba la población local, mientras buscaban ocupación fuera de su tierra muchos de los jóvenes con estudios universitarios, porque el proceso de terciarización no acababa de despegar. En lo urbanístico, se fue vertebrando el espacio interior comprendido entre la vieja villa y los barrios alejados, mientras se trasladaban las viejas fábricas del Desvío y este se convertía en un paseo en el centro urbano. Las mujeres, las bisnietas de aquella generación mayoritariamente analfabeta de 1900, eran ahora mayoría entre la población con estudios superiores y reivindicaban con fuerza un papel en la dirección del municipio.

Mientras, en recuerdo de aquel pasado que transformó el municipio, la ciudad se convirtió en centro neurálgico del juguete español: sede del Centro Tecnológico del Juguete (AIJU), de la Asociación Española de Fabricantes de Juguete (AEFJ) y orgullosa de su Museo del Juguete Valenciano. Placas e hitos callejeros recordaban aquí y allá esa historia compartida: plazas de la Tartana, de Nicolás Payá, de los Reyes Magos, parques con todo tipo de recuerdos jugueteros y proyecto de Casa de los Reyes Magos, esculturas en la autovía. El juguete era ya una parte esencial, tal vez la clave, de la identidad local ibense.

Bibliografía

AA.VV, *Juguetes valencianos. Un siglo en la historia de una industria peculiar*, Valencia, Conselleria de Cultura, 1997.

ANGUIZ PAJARÓN, Antonio y CREMADES MARCO, Carlos: *Del pasado ibense*, Alcoy, CAAM, 1981.

ANGUIZ PAJARÓN, Antonio, *Estampas y recuerdos ibenses*, Barcelona, Edición del autor, 1988.

BERNABEU RICO, José Luis, *Los límites simbólicos. Hombres de la Foia de Castalla y Vall de Xixona*, Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos, 1984.

CASADO SÁNCHEZ, M^a Ángeles, *Ibi. Estudio geoeconómico de un núcleo industrial*, Alicante: Uni-

versidad de Valencia-Instituto de Estudios Alicantinos-Ayuntamiento de Ibi, 1974.

CAVANILLES, Antonio Josef, *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*, Madrid, Imprenta real, 1797.

CORREDOR MATHEOS, José, *La joguina a Catalunya*, Barcelona, Edicions 62, 1981.

El juguete en España, Madrid, Espasa-Calpe, 1989.

MARTÍNEZ TRIBALDOS, M^a José y PASQUAL SELLÉS, José, *La industria juguetera en Ibi, 1905-2005*, Ibi, Ayuntamiento de Ibi y otros, 2005.

SÁEZ CALA, Antonia, *La dinámica de los sistemas productivos locales. La dinámica de la industria del*



juguete en la Foia de Castalla, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1997.

VALERO ESCANDELL, José Ramón, *Payá. Historia social de una industria juguetera*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1991.

La industria del juguete en Ibi, 1900-1942, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1997.

“La industria juguetera en la Foia de Castalla (1984-1996)” *Investigaciones geográficas*, nº 19 (1998), pp. 67-84.

“El trabajo externo en la industria juguetera de la Foia de Castalla (Alicante)”, *Investigaciones geográficas*, nº 21 (1999), pp. 125-139.

“Juguetes y muñecas”, en MORENO, Francisco, MARTÍNEZ, Mario y MARTÍNEZ, Juan: *Los inicios de la modernización en Alicante, 1882-1914*, Alicante, Caja de Ahorros del Mediterráneo, 1999, pp. 45-58.

“1920-1936: la madurez del juguete de lata ibense”, en AA.VV. *Juguetes de lata*, Alicante, Universidad de Alicante, 2001, pp. 20-33.

“Rico S.A.”, en AA.VV. *Juguetes de lata*, Alicante: Universidad de Alicante, 2001, pp. 35-47.

“La industria juguetera ibense: de la artesanía a la globalización”, *El Salt. Revista del IAC “Juan Gil-Albert*, nº6, (2005), pp.5-12.

VIDAL OLIVARES, J.: *Materiales para la historia económica de Alicante (1850-1900)*, Alicante, IAC Gil-Albert, 1986.

(Dir.) *Cien empresarios valencianos*, Madrid, Ed. Lid, Madrid, 2005

Juego infantil basado en la vieja tartana de Payá, en la plaza de Sanchís Banús de Ibi. Hoy el juguete, perdido buena parte de su antiguo protagonismo, forma parte de la memoria y la identidad local. Foto: José R. Valero